

# VIDA DE S. YSIDRO

El Mejor Madrileño

ó

Breve resumen ordenado en verso  
de la vida de los felicísimos Esposos  
San Ysidro y Santa Maria de la Cabeza,  
Patronos de Madrid.

Por C C

Año de 1837.

A Madrid

El autor.

De inestimable valor,  
Madrid, un tesoro encierras:  
A aquel que sembró tus tierras,  
San Ysidro Labrador:  
Y para mas esplendor,  
Y aumento de tu alegría,  
Tienes tambien á Maria,  
Su digna y santa Consorte.  
¡Felíz y dichosa Corte!  
¡Felíz Patria y cuna mía!

## 1º

*Nace Ysidro Labrador  
De padres, buenos cristianos:  
Su inclinacion y su amor  
A la virtud: su candor,  
sus sentimientos humanos.*

Ysidro, nuestro Patrono,  
Nacio en Madrid, por el año  
ochenta y dos sobre mil,  
segun computo acertado.

Ygnoranse de sus padres  
los nombres; pero afirmamos,  
que fueron mui religiosos  
y mui dignos ciudadanos.

Estos criaron á Ysidro  
en su niñez con cuidado,  
reprendiendo sus defectos,  
si algun defecto le hallaron.

En Ysidro humilde, docil;  
su natural era blando;  
era sumiso, obediente,  
sencillo, apacible, cándido.

Yba a la escuela con gusto,  
sin repugnancia ni enfado,  
no asi los niños presentes,  
que van (cuando van) mui tardos.

Estudiaba sus lecciones,  
con aficion, meditando  
lo que el catecismo enseña  
para despues observarlo.

En breve tiempo salió  
nuestro Ysidro adelantado  
de la escuela, ya en las letras,  
ya en la ciencia de los santos.

Frecuentaba las iglesias  
con devocion; y a los actos  
de religion asistía  
como si fuese un anciano.

Luego que el rey D. Alfonso,  
del poder mahometano  
libró a Madrid que gemía  
bajo su yugo pesado:

Lo primero que ordenó  
fué: que todos los Prelados,  
purificasen los templos  
que los Moros profanaron.

Mandó consagrar el templo  
principal, y dedicarlo  
a la Virgen (que nosotros  
de la Almudena llamamos).

Almudena es un granero,  
ó depósito de granos  
en árabe, como almud,  
que es medida en castellano.

Y como fuese encontrada,  
despues de trescientos años,  
esta Imagen en un cubo  
de la muralla, cercano

a la alumudena; tomó  
este nombre, colocando  
la ya referida Imagen  
en este templo sagrado.

Alfonso la enriqueció,  
y le proveyó de cuantos  
Ministros necesitaban  
los afligidos cristianos.

Canónigos Religiosos  
fueron estos, que observando  
la regla de San Benito,  
daban abundante pasto.

En esta iglesia los padres  
de Ysidro (lo dicen varios  
autores) se confesaban,  
y asistian de ordinario.

Les acompañaba Ysidro  
las mas veces; de aquí el trato  
con aquellos Religiosos,  
de quienes fué mui amado.

Eligió por director  
uno de ellos, y fué tanto  
lo que adelantó en virtud,  
que no es facil esplicarlo.

En fin, (así dice Bleda)  
de aquí salió consumado  
Ysidro en la devocion,  
y dió principio a ser santo.

## 2º

*Para ganar el sustento  
A abrir pozos, se dedica:  
Y á la labranza se aplica:  
Obra Dios mas de un portento:  
Lucifer le mortifica.*

Muertos los padres de Ysidro,  
resolvió el santo mancebo  
adquirir con el sudor  
de su rostro el alimento.

Trabajaba aquí y allí,  
como un pobre jornalero,  
usando indistintamente  
del azadon y del vieldo.

Abrir pozos y bodegas  
en Madrid fué lo primero  
que ejercitó nuestro Santo  
con aprobacion del cielo.

En una casa que estaba  
fuera de Madrid (hoy dentro,  
sita en la calle mayor  
en el portal de roperos):

Habitaba una señora,  
retirada del comercio  
de la Villa, mui honesta,  
Nufla llamada por cierto.

Hallabase mui sentida  
por tener la fuente lejos  
de su casa, con peligro  
de sus criadas y siervos.

Mas habiendola informado  
de nuestro Santo, esponiendo  
su pericia en hacer pozos,  
hizo llamarle al momento.

Se presentó San Ysidro,  
y sabedor del proyecto  
de hacer un pozo, convino  
en el modo y en el precio.

Dió principio á trabajar  
con actividad, siguiendo  
hasta encontrar lo profundo,  
que eran todos sus deseos.

Ya le halló; mas una piedra  
opónese a los esfuerzos  
de Ysidro, que fatigado  
alza los ojos al cielo.

Este premió su fatiga,  
haciendo blanda a su ruego  
la piedra, en la cual dejó  
Ysidro sus pies impresos.

Brotó el agua en mil raudales  
copiosísimos; con esto  
quedó Nufla bien servida,  
é Ysidro con lucimiento.

En la casa de los Veras,  
principales Caballeros  
de Madrid, fabricó un pozo  
con igual arte y esmero.

Hizo tambien una cueva  
con tal destreza, que el dueño,  
conociendo la virtud  
y habilidad del mancebo:

¿Quieres quedarte, le dijo,  
en mi casa, que no tengo  
mozo de labor? El Santo  
le dió el sí mui placentero.

Venid, mirad y admirad,  
corred, llegad, Madrileños,  
vereis a nuestro Patron  
ejercer su nuevo empleo.

Vedle cuidar el ganado;  
¡Felíz ganado diremos,  
dichosa yunta, que logra  
tan apreciable quintero!

¡O yunta, que aunque privada  
de raciocinio y talento,  
reconoces por instinto  
a tus verdaderos dueños!

Decidnos de aqueese mozo:  
¿os castiga? ¿es mui soberbio?  
¿es iracundo, temoso,  
es furador y blasfemo?

Decidnos: ¿en que se emplea  
por las noches? ¿pierde el tiempo  
con indecentes cantares,  
en rondas y devaneos?

¡O cuadra, como ignorabas  
que llegaría algun tiempo  
en que fueses trasformada  
en oratorio, y en templo!

Ved a Ysidro en un rincon  
de este recinto grosero,  
arrodillado, cruzadas  
ambas manos sobre el pecho.

Oidle como repite  
aquellos mismos acentos  
del Publicano: Señor,  
sed propicio con tu siervo.

¡Que ilustraciones! ¡que luces!  
¡que raptos, y arrobamientos,  
que favores celestiales  
le dispensaría el cielo!

Mas ya es hora de salir  
la yunta; ya lo ha dispuesto  
Ysidro todo; ya sale...  
¡que compostura! ¡que aseo!

En tiempo de sementera,  
apenas nuestro quintero  
llegaba al haza, las aves  
eran su primer desvelo.

Tomad, comed, avecitas,  
las decia mui risueño,  
cuando amanece el Señor,  
amanece el Universo.

¡O caridad acendrada  
de Ysidro! ¡jamás podremos  
ponderarla bien! leamos  
de esta virtud otro ejemplo.

Caminaba nuestro Santo  
con un costal bien repleto  
de trigo para el molino,  
cargado sobre un jumento.

Yba pensando en sus cosas,  
cosas santas, pensamientos  
de Dios, de sus maravillas,  
de sus favores inmensos.

Cuando al volver de un barranco,  
halló unos pobres, hambrientos,  
desnudos y miserables,  
tendidos en aquel suelo.

Luego que Ysidro los vió,  
les dijo con mucho afecto:  
¿Quieren un poco de trigo,  
hermanos, que mas no tengo?

La respuesta fué alargar  
con prontitud los sombreros,  
otros sus monteras, dando  
señales de su consuelo.

Proseguía su camino  
Ysidro, compadeciendo  
la suerte de aquellos pobres,  
fijos sus ojos al cielo.

Reparado en sí, divisa  
que atravesando por medio  
del camino una bandada  
de pajaros, hizo asiento.

Parecele que le miran,  
y que faltos de alimento  
con los ojos se le piden,  
dando hacia él grandes vuelos.

Abrió al punto su costal  
(que ya iba casi medio)  
y les echó unos puñados  
de trigo, ¡O noble pecho!

Llegó, por fin, al molino;  
cogió el trigo el molinero  
(que le pareció bien poco)  
y dió principio a molerlo.

Acabada la molienda,  
aquellos granos surtieron  
tanta harina, que no cupo  
en el costal ¡que portento!

¡Asi premió Dios a Ysidro  
su caridad, y su tierno  
corazon! pero volvamos  
a nuestro buen molinero.

Este sospechó ser hurto  
el maravilloso esceso  
de la harina; y su sospecha  
la declaró sin rodeos.

Echóle la afrenta en cara  
á nuestro santo mancebo,  
quien, sufriendo tal injuria,  
le contestó con sosiego:

Yo no soy ladron, Señor,  
ni lo permitan los cielos;  
mas pues así lo pensais,  
proveamos de remedio.

Tomad la harina, y volvedme  
el trigo que trage: creo  
que de este modo, no de otro,  
debo yo satisfaceros.

No, no tardó en aceptar  
esta oferta el molinero,  
dióle el trigo, y se llevó  
la harina, mas que contento.

Echóse aquel poco grano  
en la tolva: el molinero  
no se apartó de la rueda  
un instante, ni un momento.

Acabados de moler  
los granos, y recogiendo  
la harina con gran cuidado  
hubo mas que a lo primero.

Aquel hombre convencido  
de tan milagroso esceso,  
pidió al Santo, de rodillas,  
le perdonase su yerro.

Echóle Ysidro los brazos,  
diciendole: "yo en efecto  
soy un grande pecador,  
el mayor del universo:

No teneis porque alabarme,  
que mayores males que esos  
hiciera, si me dejara  
de su mano un Dios eterno.

El molinero quedó  
tan de veras satisfecho,  
que a todos cuantos llegaban  
les refería el suceso.

Deste modo se estendian  
las virtudes del mancebo  
por la Villa, dando margen  
a juicios malos, y buenos.

Unos sentían de Ysidro  
altamente, refiriendo  
con asombro sus milagros,  
y celebrando sus hechos.

Mas aquellos, cuya envidia  
les taladraba sus pechos,  
publicaban la virtud  
de Ysidro ser fingimiento.

Su sencillez, ignorancia,  
cavilacion, su silencio,  
su humildad, embustería,  
y sus milagros, enredos.

No solo mortificaban  
al santo con sus denuestos  
hablillas, murmuraciones,  
é injurias hombres malévolos:

Sino tambien el demonio  
en persona quiso hacerlo,  
para tentar su paciencia,  
de modos raros, diversos.

Ya le quebraba el arado,  
ya le volcaba en el suelo  
el carro, lleno de mies,  
levantando fuertes vientos.

Pero a pesar de estas tramas,  
jamás consiguió su intento  
este enemigo comun,  
este infernal cancerbero.

Ysidro todo lo sufre;  
porque Ysidro era el modelo  
de caridad, mansedumbre,  
de paciencia y sufrimiento.

### 3°

*Ysidro en Torrelaguna:  
Sus Bodas: a su bendita  
Esposa desacredita  
Lucifer: vista oportuna  
del Jarama, de la Hermita.*

**H**alí, rey moro, avisado de la muerte (bien sentida) de Alfonso, y de las recientes disensiones de Castilla:

cobró grandes esperanzas (que olvidadas ya tenía) de recuperar el reyno de Toledo, sin fatiga.

En efecto, puso sitio a su Ciudad mui antigua, contra los nobles cristianos ardiendo en mortales iras.

Mas despues de una semana de cerco, la bizarría de Alvár Fáñez con su gente la Ciudad, del Moro libran.

Enojado este africano, se dirigió a nuestra Villa, en la que entró á viva fuerza, costandole muchas vidas.

Retirados al Alcazar los Matriteneses, hacian resistencia, ya con armas, ya con plegarias contínuas.

Oyólas benigno el Cielo, enviando a la morisma tal peste, que concluyó con la gente mas lúcida.

Halí levantó su Campo, huyendo con cobardía al Africa, blasfemando. ¡Albrícias, Madrid, albrícias!

Muchos cristianos salieron de Madrid a la venida del rey Halí, temerosos de su furor y malicia.

Salió tambien nuestro Santo, como quien bien presentía los insultos que la patria y la Iglesia sufrirían.

Caminó a Torrelaguna; (ilustre y famosa Villa por sus letras, por sus armas, y por sus nobles familias).

Con sus parientes y amigos pasó los primeros días mientras que buscó trabajo para sustentar la vida.

Halló un fuerte labrador con quien se ajustó en seguida para mozo de labranza, al estilo de la Villa.

Bien pronto conoció el amo la conducta fidedigna de Ysidro, su aplicacion al trabajo, y su pericia.

Ysidro, de su salario, y del trigo que cogía daba limosna a los pobres en cantidades crecidas.

Que aunque mudó de lugar, no mudó Ysidro de vida; ni su caridad ardiente llegó jamás a ser tibia.

Sus amigos y parientes convinieron cierto dia en procurarle un alivio para sus muchas fatigas.

Se redujo éste a casarle, dandole por compañía una honesta labradora que se llamaba María.

Natural de Caraguíz; (entonces una Alguería de el término de Uceda, perteneciente a esta Pila).

Dieron cuenta, en fin, á el Santo de su intencion y sus miras, proponiendole esta joven, que tambien él conocía.

Agradecióles Ysidro el bien que con tan propicia voluntad le deseaban, aprobando la elegida.

Pero les pidió licencia para pensar unos dias sobre el asunto propuesto, segun la prudencia dicta.

Sin consultar con su Dios, los buenos no determinan cosa alguna; nuestro Santo deste modo lo practica.

Dió cuenta a su Confesor de todo; quien atendida la ocupacion del mancebo su estado, y su vida activa.

Le dijo, que efectuase  
su intento; mas le advertía  
que la paz en tal estado  
era un tesoro, una dicha.

Ved a Ysidro, a sus parientes,  
y amigos como caminan,  
a hablar á la Labradora,  
y como la felicitan.

Ella admitió la propuesta;  
y pues padres no tenía,  
dió parte de ello a sus amos,  
y a alguna de sus amigas.

Despidieronse los novios  
hasta que llegase el día  
de su desposorio; dando  
en esto ejemplar doctrina.

Llegó, por fin, el momento  
en el que Ysidro y María  
se desposaron, colmados  
de bendiciones divinas.

Verificóse esta escena,  
tan grata y tan peregrina,  
en la iglesia parroquial  
de la mencionada Villa.

Recibieron los esposos  
mil parabienes, mil vivas,  
reinando en aquellas bodas  
la mas perfecta alegría.

Acabados los festejos,  
pasaron a su casita,  
pobre sí, pero en ausilios  
del Cielo, abundante y rica.

Disfrutaba una heredad  
en Caraguíz la bendita  
labradora; nuestro Ysidro  
un par de bueyes tenía.

Con la ocasion de esta tierra  
ambos consortes querían  
labrar por sí, reuniendo  
otras a ella contiguas.

Hallaron las en efecto,  
de un Vecino de la Villa  
de Torrelaguna, á venta  
de granos, equitativa,

Con esto, se trasladaron  
a vivir en su alquería,  
haciendo de sus amigos  
la mas tierna despedida.

Una vida de los cielos,  
mui sosegada y tranquila  
gozaban nuestros consortes  
en aquella pobre quinta.

Porque en todo eran conforme;  
la paz era su divisa;  
mui agenos de contiendas,  
de disturbios y de riñas.

Los dos esposos rezaban  
sus devociones, leían,  
oraban y meditaban  
juntos de noche y de día.

Juntos iban a la iglesia,  
oían juntos la Misa,  
en especial los Domingos,  
y en los mas solemnes días.

Cuidaba con mucho esmero  
nuestra Santa de una Hermita;  
La Virgen de la Piedad;  
advocacion mui antigua.

Hoy llaman N. Señora  
de la Cabeza, y se aplica  
también este sobrenombre  
a nuestra Santa bendita.

Porque despues de su muerte,  
como preciosa reliquia,  
colocaron su cabeza  
en el altar de la Hermita.

Ella vestia la Imagen,  
y su lámpara encendía,  
adornando aquel altar  
con flores mui esquisitas.

Ysidro la acompañaba,  
principalmente en los días  
de huelga, con mucho gusto,  
y devocion la mas fina.

Una vez les sucedió,  
yendo á orar a dicha Hermita,  
que hallaron mui grande el río  
por una fuerte avenida.

Valgame Dios, dijo Ysidro,  
inclinandose a María;  
el pasar al otro lado  
no es facil: ella replica:

Ysidro, no hay que temer,  
pues Dios, yendo de visita  
a la casa de su Madre  
nos pasará, en él confía.

Así diciendo y haciendo,  
se quitó la mantellina  
y la tendió sobre el agua:  
¡O prodigio! ¡O maravilla!

Puestos en ella los Dos  
¡O que escena tan Divina!  
pasaron en un momento,  
sin mojarse, á la otra orilla.

Viendo este raro portento  
Ysidro, se determina  
a respetar, como a Santa,  
a su consorte querida.

Propicio y benigno el cielo  
a Ysidro favorecía  
tambien con muchos milagros,  
y mui raras maravillas.

Un día, que estaba arando  
en las tierras consabidas,  
un hombre pasó a caballo  
con grande sed y fatigas.

Acercóse, y preguntando  
a Ysidro, que si hallaría  
donde beber; nuestro Santo  
le dijo con voz tranquila:

Sobre ese cerro, Señor,  
hay una fuente, a la orilla  
de aquel arbol: el hidalgo  
partió luego con gran prisa.

Recorrió todo aquel campo  
a cuanto alcaza la vista;  
mas no encontrando la fuente,  
colérico se retira.

Vino a donde estaba Ysidro;  
le llenó de picardías,  
tratandole de embustero,  
de hombre ruin, y de malicia.

Oyó el santo con paciencia  
sus palabras desmedidas,  
y dejando su labor,  
á la cumbre se encamina.

Pegó un golpe con la ahijada  
diciendo: aquí agua había,  
la hay sin duda, y por siempre  
la habrá, permanente y fija.

Al punto que hirió la tierra,  
brotó un golpe de agua viva;  
desempeñando el Señor  
cuanto su siervo decía.

Quedó el hidalgo admirado,  
y reconocido, a vista  
de un lance tan prodigioso  
que vió jamas en su vida.

Antes de apagar su sed  
con aquella agua tan rica,  
pidióle perdon al Santo  
de sus burlas y osadías.

A mí ningun mal me hicisteis;  
bebed; y pues socorrida  
teneis la necesidad.  
Dadle a Dios gracias debidas.

Aquesto le dijo Ysidro  
con una boca de risa;  
y volviendo á sus tareas,  
a su Hacedor glorífica.

Hoy permanece esta fuente;  
Valdesalud la apellidan,  
por la que muchos enfermos,  
bebiendola, recibían.

Una en la peña del cuervo  
y otra en Valpermin, afirman  
que hizo Ysidro deste modo  
por disposicion divina.

De la que hizo en los campos  
de Madrid, y que por dicha  
disfrutamos; a su tiempo  
se hará relacion cumplida.

Hallabase a la sazón  
en Talamanca (gran Villa  
en otro tiempo) distante  
una legua desta Quinta:

Iván de Vargas, (ó Juan)  
de Madrid, que poseía  
en un sitio, dicho Erazo  
una hacienda pingue y rica.

Oyendo hablar muchas veces  
este Señor, de la vida  
ejemplar de nuestro Ysidro,  
su habilidad y pericia.

Pasó un día a visitarle,  
y a decirle si querría  
labrar su hacienda de Erazo,  
que estaba mui mal trahida.

Ysidro admitió este cargo,  
ya porque cesado habría  
la venta de Caraguíz,  
á por otras nobles miras.

Ajustóse con el Vargas,  
quien le ofreció no mezquina  
soldada, con su favor,  
y se retiró a la Villa.

Consultado con su Esposa.  
esta arreglo sus cosillas  
para la pronta salida.

Talamanca es ya el asiento  
de nuestros Santos; María  
cuida de la casa; Ysidro  
de la nueva hacienda cuida.

Ambos cuidan destas cosas  
terrenas, pero mas cuidan  
de ser perfectos cristianos  
practicando obras mui pías.

Abundaba Talamanca  
de eclesiásticos, de misas,  
de templos.  
¡Que placer el de Ysidro y de María!

Observaban mui atentos  
los vecinos de esta Villa  
á nuestros recién venidos  
el proceder de su vida.

Veían aquella union,  
y la paz con que vivían,  
su cristiandad religiosa,  
sus almas caritativas.

No ignorando esto Luzbel,  
causábale tan envidia  
y furor, que contra Ysidro  
dirigió todas sus iras.

Esparció por el lugar,  
valiendose de malignas  
torpes lenguas un rumor  
contra su Esposa querida.

Decian, que con pretesto  
de dirigirse a la Hermita  
de la Piedad, conversaba  
con los mozos de las Quintas...

Este rumor, mui suspenso  
y con tristeza continua  
tubo al Santo desde el tiempo  
en que supo la noticia.

Mitigóle este dolor  
el concepto que tenía  
de su Esposa, sus virtudes,  
y su religiosa vida.

Cierto día paseaba  
del Jarama por la orilla  
y ved aquí que su Esposa  
regresaba de la Hermita.

Ocultóse tras de un árbol  
Ysidro; llegó María  
al río, cuya corriente  
era bastante crecida.

Hizo una señal de cruz  
sobre el agua, y en sí misma  
y pasando enjuta el río  
se encamino hácia la Villa.

A vista de tal portento  
Ysidro mas se confirma  
en la opinion favorable  
que de su Esposa tenía.

Diole gracias al Señor;  
mui gratas y mui rendidas.  
Vencido quedó Luzbel,  
y vencedora Maria.

#### 4°

*Ysidro en Madrid: la Gloria  
vé Ysidro: con gran consuelo  
tiene sucesion: notoria  
Desgracia: favor del Cielo:  
Un Peregrino, su historia.*

Desde que Ysidro tomó  
aquella hacienda de Erazo  
a su cuidado, se vieron  
sus medras bien á las claras.

Conociendo aquesto mismo  
el famoso Iván de Vargas  
resolvió, con su ausencia  
sacarle de Talamanca.

Era su objeto traerle  
a Madrid, donde se hallaban  
sus mas ricas posesiones,  
su patrimonio, y su casa.

Tratólo con nuestro Santo,  
proponiendole ventajas  
mayores, con un aumento  
sobre su anterior soldada.

Ysidro consintió en ello  
por muchas y nobles causas;  
ya por visitar los templos  
que en su niñez frecuentaba:

Ya por huir del aplauso  
del pueblo y de la comarca;  
y ya, en fin, por dar limosna  
a manos llenas y francas.

Convenida ya su Esposa,  
despedieronse de cuantas  
personas mui bien querian  
sintiendo aquestas su marcha.

Martritenses ¿como estais  
tan quietos en vuestras casas  
que no salís al encuentro  
de estas dos preciosas almas?

Ysidro y Maria son,  
que regresan a su patria,  
á dispensaros favores,  
y á concederos mil gracias.

¿Qué lo dudais? Algun dia  
se postrarán á sus plantas  
los Grandes y los Magnates,  
los poderosos Monarcas.

Algun dia en esos templos,  
sus Imágenes sagradas  
se colocarán, despues  
de conducidas en andas.

Algun dia... pero vamos  
que Ysidro ya se adelanta  
a descargar sus trastillos;  
su Esposa viene cansada.

Disfrutaba el noble Iván  
en Madrid dos propias casas;  
la una junto a San Justo  
que es la misma que habitaba.

Otra junto a San Andres,  
de los mozos de labranza:  
en esta casa habitaron  
nuestros Santos ¡felíz casa!

Habiendo, pues, descansado  
de su viage, á la mañana  
salió Ysidro con su yunta  
á las tierras señaladas.

Esto despues de haber hecho  
oracion; de visitadas  
sus iglesias; de oír misa,  
que jamas se le olvidaba.

Ni quiero, ni puedo mas;  
solia decir con gracia  
cuando sobre este ejercicio  
algunos le censuraban.

No pasaron muchos dias  
sin que el demonio alarmára  
contra Ysidro á algunos hombres  
envidiosos de su fama.

Fueron a decir al amo  
que su criado se andaba  
visitando las iglesias  
sin parecer por las hazas.

Creyólo, enviando al campo  
un siervo, quien ¡cosa estraña!  
halló los bueyes arando  
sin que alguno los guiára.

Volvió corriendo, y le dijo  
al amo lo que pasaba;  
éste, tomando un caballo,  
partió ligero a las hazas.

Mas ¡cual fué su admiracion  
viendo á los bueyes que araban  
sin quintero, por sí solos  
con tal propiedad y gracia!

A vista de este prodigio  
volvió el amo, sin tardanza  
á buscar á nuestro Santo,  
y lo halló ¡dichosa alma!

En un rincon de la iglesia  
de San Andres, humillada  
su vista ante el Sacramento,  
derramando tiernas lágrimas.

Vió que él era, y sin decirle  
la mas mínima palabra,  
absorto y enternecido,  
se volvió para su casa.

La siguiente maravilla,  
que obró el Señor, nos declara  
que la devocion de Ysidro  
le era sumamente grata.

Salió Ysidro cierto dia  
al campo mui de mañana,  
sin haber oido misa,  
cosa que no acostumbraba.

Comenzó, pues, su labor,  
y fué, sin duda, tan larga  
que no pudo, cual queria,  
en poco tiempo acabarla.

Nobstante la concluyo:  
y volviendo con gran ansia  
y deseo de oír misa,  
la iglesia estaba cerrada.

Desconsolado y perplejo,  
en una de aquellas gradas  
del templo se arrodilló,  
estática toda el alma.

Descúbresele la Gloria,  
y en aquella Yglesia santa,  
en aquel glorioso Templo,  
De la Trinidad, Morada:

Celebró Misa solemne  
el Pontífice sin manchas,  
Jesucristo, sacerdote eterno.  
¡O escena santa!

Acabada esta gran Fiesta,  
volvió a su sentido el alma  
de Ysidro, quien todo absorto,  
allí inmoble se encontraba.

Acertó a pasar un hombre  
por enfrente de las gradas,  
y viendo á Ysidro hecho un marmol,  
le preguntó, como en chanza:

Ysidro ¿que haces aquí  
a esta hora y con tal calma?

Oyendo misa en el Cielo:  
así contestó con gracia  
y sencillez nuestro Santo,  
que la mentira ignoraba.

Aqueso yo te lo creo,  
pues como Dios tanto te ama  
(repuso el hombre) las puertas  
te las habrá puesto francas.

Levantóse de allí Ysidro,  
en incendios abrasada  
De amor de Dios ¡Feliz suerte!  
su tierna y devota alma.

María, de Ysidro Esposa,  
a quien, parece, olvidada  
tememos, no se descuida  
en practicar obras santas.

Y ahora con mas razon,  
pues está en cinta y prepara  
con oraciones continuas  
las mantillas y las fajas.

Frecuenta los Sacramentos  
mas a menudo, y encarga  
a Ysidro que óre por ella  
pues que en peligro se halla.

Asi lo hacía su Esposo,  
y ademas la procuraba  
los regalos que podía  
con diligencia estremada.

Llegó el venturoso dia  
en que dió a luz nuestra Santa  
un niño que fué el placer  
de aquella bendita casa.

Con este motivo Ysidro  
se fué al templo sin tardanza  
a tributar al Señor  
las mas esquisitas gracias.

Desde allí pasó a dar parte  
a su amo, el noble Vargas,  
y diciendole, que tenia  
un siervo mas en la casa.

Alegróse mucho el amo,  
y en prueba desto regala  
a la parida; y del niño  
por padrino se señala.

Las amigas de Maria  
mil parabienes la daban  
y en el dia del bautizo  
ponen al niño las galas.

Maria, tomando el niño  
desde la fuente sagrada  
le abraza y le decia:  
Juanito, ya estás en Gracia.

Cuidaban ambos consortes  
de este niño a quien amaban  
cual hijo que les dió el Cielo  
como generosa dádiva.

Mas en este triste mundo  
no hay contento sin desgracia  
no hay placer sin su pesar,  
ni alegría consumada.

Donde vivian los Santos  
había un pozo de mala  
construccion, y su brocal  
era pequeño, era nada.

Pasando por él Maria  
a cualquier cosa llevaba  
en los brazos a su niño  
en el pozo no repara.

Hizo un movimiento el niño  
tan vivo que ¡O desgracia!  
de los brazos cayó al pozo  
sin que nadie le librara.

Ysidro estaba en el campo  
a la sazón el ignoraba  
este fracaso; su Esposa  
aturdida, y angustiada.

No tardó en venir Ysidro  
quien al oír que lloraba  
Maria con tal extremo  
luego preguntó la causa.

Dijole al punto su Esposa  
con mal formadas palabras  
(tal era su pena), el caso  
de la ocurrida desgracia.

Recibió Ysidro aquel golpe  
de dolor, que le hirió el alma,  
con grande conformidad,  
diciendo a su Esposa amada:

¿Y que has de hacer con llorar  
hermana mia? ya basta;  
sin duda nos dió ese hijo  
nuestra Madre soberana:

Pues ella le ha de sacar  
del profundo de las aguas.  
Ten fe, Maria, no llores,  
pon en Dios tu confianza.

Pusieronse de rodillas  
uno y otro, levantadas  
al Cielo sus santas manos,  
pidiendoles remediára.

¡Cosa por cierto estupenda!  
iban subiendo las aguas  
y creciendo al paso que  
los Siervos de Dios clamaban.

Vióse, en fin, encima de ella,  
sentado el niño con gracia  
vivo y risueño, jugando  
con sus dedos en el agua.

Su Madre le echó los brazos  
sin demora, ni tardanza,  
y arrimandole a sus pechos,  
le decía, trasportada:

Quien te ha librado, hijo mio,  
querido de mis entrañas,  
¿quien debió de ser? la Virgen  
nuestra Madre Soberana.

El siervo de Dios Ysidro,  
regocijada su alma,  
la dijo con tierno llanto  
a Maria estas palabras:

¡No te decía, Maria,  
que tubieses confianza  
en el Señor! ya lo has visto;  
resta le demos las gracias.

Siempre fueron mui devotos  
desde su mas tierna infancia  
á la Emperatriz del Cielo  
Ysidro y su Esposa amada.

Pero el milagro del pozo  
obligó tanto a sus almas  
fervorosas, que en su obsequio  
todo les parece nada.

Los sabados dispusieron  
despues de sus cotidianas  
oraciones, comuniones,  
misas, y otras obras santas

dar una olla a los pobres  
que el habre les remediára,  
dispuesta con mucho aseo:  
¡Tales manos la guisaban!

Un sabado, cuando todos  
los pobres se retiraban,  
acabada ya la olla,  
mui contentos a sus casas.

Se presentó un Peregrino  
pidiendo con vivas ansias  
le diesen tambien limosna,  
pues, que la necesitaba.

Miróle Ysidro y causó  
tal sensacion en su alma  
de amor y de gran respeto  
su Persona, que asi esclama:

“Hermana, por Dios te pido  
que si hay comida, la traigas  
y se la des a este pobre.

Respondióle, pues la Santa:  
“Cierta estoy que no ha quedado  
ni un bocado; nada, nada.

Ve Maria que algo habrá  
la repuso, no se vaya  
sin comer este Señor.  
¡O caridad acendrada!

Fué a la cocina Maria  
segun Ysidro mandaba;  
ó tal vez para traer  
la olla y manifestarla.

Mas Dios Todopoderoso  
dispuso que la encontrára,  
como antes estaba, llena  
y mejor aderezada.

Nuestra Santa labradora  
viendo aquella tan estraña  
maravilla, enmudeció  
sin atreverse á tocarla.

Tomóla en fin, y salió  
Donde el pobre la esperaba, (n)  
a quien sirvió la comida  
entre gozosa, y turbada.

Mui atento el Peregrino,  
dió a nuestros Santos las gracias  
despidiendose de ellos  
con amorosas palabras.

Maria, como prudente,  
reserva el milagro, y calla;  
ni aun a su propio marido  
por entonces le declaro.

Supieron lo en adelante  
personas mui timorata,  
que con Ysidro y Maria  
íntimamente trataban.

De cuya boca lo supo  
y a nosotros lo traslada  
Juan Díacono en su historia  
en obsequio de la Santa.

(n) Debajo de un papel sobrepuesto dice lo siguiente:  
a quien sirvió la comida  
y a cuantos despues llegaban  
concuída, el Peregrino,  
dió a nuestros las gracias

## 5°

*Los Angeles aran: funda  
Ysidro la Cofradía:  
Planes de Ysidro y Maria:  
Fuente de Madrid: segunda  
Diabólica batería.*

Ysidro no, no tenía  
sobre la inconstante arena  
levantado el edificio  
de su devoción sincera.

Teniale bien zanjado  
sobre dura y firme piedra;  
(aquesta piedra era Cristo,  
estabilidad eterna).

Proseguía su ejercicio  
de orar con grande frecuencia,  
de oír misa en las mañanas  
antes de empezar la huebra.

Su amo, D. Juan de Vargas,  
aunque tubiese ya pruebas  
de la conducta de Ysidro,  
de sus virtudes y prendas:

como grande cosechero  
el cuidado de la hacienda  
le tiraba no mui poco,  
y estaba con impaciencia.

Salió, pues, una mañana,  
dirigiendose á la puerta  
de Moros por ver a Ysidro  
cuando a su trabajo llega.

Vióle asomar; ya era tarde,  
y aun mas tarde que quisiera  
por lo cual, lleno de enojo,  
á su casa dió la vuelta.

Montó a caballo, y saliendo,  
cual si fuera una saeta,  
tomó el camino del río,  
dirigiendose á sus tierras.

Hallabase nuestro Santo  
arando al pie de una cuesta  
al otro lado de río  
Manzanares, con su huebra.

Vióle Vargas desde lejos  
arar, y (segun cuenta  
Díácono) dos mancebos  
vestidos de blancas telas;

cada cual su par de bueyes  
tenía, sus pieles eran  
mui blancas, en medio Ysidro  
en señal de preeminencia.

Tiró la rienda al caballo  
D. Juan, y con menos priesa  
se paró a considerar  
lo estraño de aquella escena.

Al mismo tiempo sentía  
un gozo, una complacencia  
en su corazón, tan grande,  
cual jamás tubo en la tierra.

Prosiguió, pues, su camino  
sin que de vista perdiera  
a los hermosos Quinteros,  
ni á sus respectivas huebras.

Dulcemente embelesado,  
llegó al río, donde es fuerza  
que por mirar al caballo  
inclinose la cabeza.

Mas cuando la levantó,  
por mas presto que estendiera  
la vista, ya á los mancebos  
no vió; ¡rara sorpresa!

Metió espuelas al caballo,  
y subiendo con presteza  
a la cumbre (desde donde  
se ve toda la rivera):

Registró por todas partes,  
pero por mas diligencias  
que hizo, ya a nadie vió.  
¡Que ilusión tan placentera!

No es ilusión, resta mas:  
bajando el amo la cuesta  
se saludó con Ysidro,  
y le habló desta manera:

Querido, por nuestro Dios  
a quien fielmente veneras  
te pido que no me ocultes  
la verdad. Dí ¿quienes eran

aquellos que poco hace  
te ayudaban con sus huebras,  
te acompañaban, y hacían  
la labor en estas tierras?

Ysidro, a quien protegía  
la Divina Providencia,  
respondió de aqueste modo,  
y con la mayor llaneza:

Delante de Dios, a quien  
sirvo con todas mis fuerzas,  
fielmente yo os aseguro  
Señor, y os digo de veras:

Que no he visto a otra persona  
ni híce porque viniera  
á alguna que me ayudase  
sino a Dios de Cielo y tierra.

A ese llamo, a ese pido,  
ese es el que me consuela  
y me agrada en el trabajo  
por su infinita clemencia.

A este tiempo fijo Vargas  
la vista sobre la tierra  
que Ysidro araba, advirtiendo  
un nuevo milagro en ellas:

Este fué, que arando Ysidro  
con sola su propia reja,  
ibanse abriendo tres surcos  
con igualdad y belleza.

A vista desto, D. Juan  
creyó, como si los viera,  
que los que ocultos araban  
Angeles del Cielo eran. (n')

Ysidro, le dijo Vargas,  
tú cuidarás de mi hacienda  
desde hoy; cuanto poseo  
a tus órdenes se queda.

Contó en su casa el suceso  
haciendose todo lengua.  
De Ysidro, y este milagro  
corrió por toda la tierra.

La sagrada comunión,  
que Ysidro con gran frecuencia  
y devoción recibía,  
su alma abrasa y penetra.

Dióle el Señor ¡favor grande!  
delante de su presencia  
en la Hostia, don de lágrimas  
amorosas y muy tiernas.

Su gran devoción le anima,  
le compromete y estrecha  
a que cumpla los deseos  
y fervorosas ideas:

De fundar la Cofradía,  
en su parroquial iglesia,  
del augustísimo Sacramento  
del Altar ¡loado sea!

Comunicó sus intentos  
con personas muy discretas  
y afectas a la oración,  
á la piedad, y obras buenas.

Fundó, en fin, la Cofradía  
cuan agradable y aceptada  
fué a los ojos del Señor.  
este caso lo demuestra.

Un día que los Cofrades  
se juntaron a la mesa,  
después de haber celebrado  
su grande función de iglesia.

No vino a comer Ysidro  
a tiempo; mas se presenta  
después, cuando los Cofrades  
salieron ya a la puerta.

Llegó Ysidro, acompañado  
de pobres; y en tal manera  
que visto por los Hermanos  
su número, así se espresan:

Hombre de Dios, donde vas  
con tanta gente? ¿tu piensas  
que hay comida para tantos?  
tu ración sola te queda.

No importa, respondió Ysidro  
con su candor, su inocencia:  
comeremos entre todos  
lo que el Señor nos conceda.

Suplicó el Santo a los pobres  
se sentasen á la mesa  
con él, lleno de gozo  
y de dulce complacencia.

Pasaron a la cocina  
por la ración que debiera  
ser para Ysidro, y hallaron  
la olla provista y llena.

Sacaron con grande asombro  
la comida, que fue buena,  
y sobró para otros pobres.  
¡O bondad de Dios inmensa!

Bendijo Ysidro al Señor  
por tan especial fineza;  
y huyendo de los aplausos,  
saliose para la iglesia.

Esto era poco, decían  
los pobres, a boca llena,  
¿y ha sobrado para tantos?  
¡grande maravilla es esta!

En fin, los Cofrades mismos,  
haciendose todos lenguas,  
contaron en muchas partes  
el milagro de la mesa.

Es el justo como el cedro,  
según las sagradas letras;  
que sin parar en su curso,  
se multiplica y aumenta.

Así en nuestro Ysidro amado,  
(justo en verdad) jamás cesan,  
antes bien se multiplican  
sus virtudes más perfectas.

Para servir al Señor  
con perfección más completa  
trataron ambos Esposos  
cierto plan de vida nueva:

De vivir en adelante  
cual si dos hermanos fueran,  
empleando lo restante  
de su vida en obras buenas.

Separaronse en efecto,  
contando con la anuencia  
de su sabio Director,  
y norte de sus conciencias.

Vivieron algunos meses  
en compañía fraterna,  
amandose mutuamente  
cual la caridad lo ordena.

Inspiró Dios a María  
una vida más austera  
en soledad, retirada  
del mundo y sus turbulencias.

(n') Debajo de un papel sobrepuesto dice lo siguiente:  
*Ysidro, le dijo el amo,  
desde hoy quiero que seas  
tu mi amo y yo el criado  
todo a tus órdenes queda.*

Participó a su marido  
esta noble y santa idea  
quien, en vez de refutarla,  
gozosamente la aprueba.

Concertaronse gustosos  
en que María se fuera  
a Caraguíz, y a su Hermita,  
objeto de sus promesas.

Que Ysidro permaneciese  
en Madrid con la tutela  
y educacion de su hijo  
a quien amaban de veras.

Visitó la Labradora  
todas aquellas iglesias  
de su especial devocion  
con ternura y reverencia.

partió con su Santo Esposo  
¡que compañía tan buena!  
tratando por el camino,  
no de las cosas terrenas.

Sí de la virtud, y amor  
de Dios, y de cuanto aprecia  
a aquellos que le consagran  
la castidad y pureza.

Llegaron a Caraguíz,  
donde Ysidro, aunque depriosa,  
visitó a los conocidos  
y amigos de aquella tierra.

Despidióse de María  
con gran sentimiento y pena  
en su corazon; el alma  
de conformidad mui llena.

Volvió Ysidro, sin tardanza  
a Madrid, donde le espera  
el amo con gran cuidado  
para que cuide su hacienda.

Así fue, pues al momento  
dio, principio a sus tareas,  
sin descansar de su viage  
sin desden, y sin pereza.

Cierto dia de verano  
fué el amo a dar una vuelta  
para ver lo que se obraba  
en su hermosa y pingue hacienda:

Ysidro, del otro lado  
del rio sobre unas tierras  
entre el puente de Segovia,  
y de Toledo se encuentra.

Fatigado el Caballero  
de calor y sed, se acerca  
á Ysidro, pidiendole agua  
con instancia y con urgencia.

No la tengo, le responde  
el Labrador, pero sepa  
que debe hallar una fuente  
Señor, sobre aquella cuesta.

Subió el amo sin demora  
y miró con diligencia  
a todas partes, no hallando  
sino tierra árida y seca.

Volvió a Ysidro el Caballero  
diciendole, que por fuerza  
se equivocaba, no habiendo  
hallado humedad siquiera.

Dejó Ysidro su labor,  
fueron juntos a la cuesta  
el amo y él. Matritenses,  
reparad en esta escena.

Alzó los ojos al Cielo  
Ysidro, y sobre la tierra  
con la humildad que acostumbra  
hizo una cruz mui perfecta.

Despues hirió con la ahijada  
en la dura y viva piedra,  
pronunciando estas palabras,  
que su fé y virtud demuestran.

Cuando Dios, dijo, quería  
aquí agua había. Con esta  
dulce é imperiosa voz  
el agua se manifiesta.

Clara, dulce y esquisita  
corre el agua por la cuesta  
y sus copiosos raudales  
los Campos bañan y riegan.

Quedose el amo olvidado  
por un rato de la terca  
y ardorosa sed, pasmado,  
y absorto con tal sorpresa.

Arrojóse, en fin, a el agua,  
y mezclada bebió en ella  
las lagrimas que el placer  
y el gozo le produjeran.

Ysidro, de hoy mas yo quiero  
Dijole el Vargas, quien seas,  
tú mi amo, yo el criado.

Ysidro así le contesta:  
Dad gracias al Creador  
de los Cielos y la tierra  
que socorre al que le invoca  
con fé pura y verdadera.

Volvió D. Juan a su casa  
y contó la hermosa escena  
a su familia, mandando  
que a Ysidro se le tubiera

el respeto y atencion  
cual a su persona mesma  
que él por santo le tenia,  
ó por Angel en la tierra.

Envidioso Lucifer  
de las gloriosas empresas  
de Ysidro, y de sus victorias  
le declara cruda guerra.

Dirigió sus asechanzas,  
envidiando la pureza  
y castidad de su Esposa,  
nuevamente contra ella.

Volvió este infernal Dragon  
a soplar en las ya muertas  
cenizas ¡O vil astucia!  
De los zelos y sospechas.

Comenzó a mover rumores  
no solo en aquella tierra  
de Caraguíz, mas tambien  
hasta en Madrid los fomenta.

Llegó a entenderlo D. Juan  
de Vargas, quien los desprecia,  
pues sabia la virtud  
de su criada, y sus prendas.

Presentóse a nuestro Santo  
un hombre, con gran modestia,  
que de Caraguíz venia  
a hacer varias diligencias.

Preguntóle al punto Ysidro  
con emocion la mas tierna:  
si sabia de su Esposa  
y si se hallaba contenta.

Entonces el forastero  
le dijo así: alla se suena  
que no anda en buenos pasos,  
y que vive a rienda suelta.

Que como estais vos ausente  
hace lo que bien le peta,  
ó mal, que de todo hay  
segun dicen malas lenguas.

Ysidro, a quien le constaban  
las cualidades tan bellas  
de su Santa Esposa, dijo  
al hombre con voz serena:

Por mas cosas que me digan  
nunca jamás yo creyera  
semejantes estravios:  
Se que mi Esposa es mui buena.

Yo por tal la tengo, Ysidro;  
jamás oí hablar mal de ella  
mas fulano (dijo el nombre)  
me encargó que os lo dijera.

Con esto se despidieron  
suplicóle que volviera  
antes de partir al pueblo  
¡O Ysidro, grande es tu pena!

El referido D. Juan  
halló a Ysidro con tristeza,  
y le preguntó la causa  
de aquel llanto, y por quien era.

Lloro, Señor, por mis culpas  
le respondió con viveza  
Ysidro. No, por las mias:  
el amo asi le contesta:

Y prosiguió: tú, sin duda,  
sabes alguna funesta  
noticia de tu muger  
bueno es que vayas a verla.

Agradó a Ysidro el consejo;  
y pidiendo su licencia,  
partió con el labrador  
y otras gentes de la tierra.

Caminaban de buen modo  
mas sufrieron la molestia  
ya cerca de Talamanca,  
de una lluvia grande y recia.

Creció con la tempestad  
el Jarama. Por fin llegan  
a dar vista a Caraguíz,  
yá la atmósfera serena.

Hé aqui, que de su casa  
sale Maria, cubierta  
con su mantilla; llevaba  
un tazón y una aceitera.

Admirados, dicen todos:  
¿donde camina esa buena  
muger con la tarde que hace  
y el agua que el río lleva?

En esto, llegando al río,  
quitóse de la cabeza  
su mantillina, y al agua  
cual si fuese un barco, la echas.

Pasó con felicidad  
al otro lado con ella.  
Dirigiendose a la Hermita  
segun, su costumbre añeja.

A vista deste milagro,  
Ysidro con entereza  
á los que iban con él  
desde modo les arenga:

¿Y es esta la que nos dicen  
que es tan mala? Por ser buena  
y tanto, yo no merezco,  
pecador, vivir con ella.

No supieron responderle.  
Volvamos, pues, a la sierva  
de la Virgen, que en su culto  
continuamente se emplea.

Encendió su lamparita  
adornó su altar y puesta  
en oracion, la venida  
de Ysidro Dios la revela.

Con este aviso, mui pronta  
á su casa dió la vuelta,  
saludó a su amante Esposo  
con amor y reverencia.

Los otros se despidieron  
(pues que la noche se acerca),  
dandole mil parabienes  
y otras mil enhorabuenas.

Mas el pobre labrador  
que estuvo en Madrid, desea  
que Ysidro se satisfaga,  
y sepa de su inocencia.

Informado del asunto,  
halló Ysidro, en consecuencia,  
ser obra de Satanás  
esta segunda tormenta.

Estubo, pues, nuestro Santo  
todo el tiempo que le fuera  
permitido con su Esposa,  
hablando de cosas buenas.

Alabemos al Señor,  
que muchos males remedia  
(la decía) y nuestras obras  
benigno admite y acepta.

Hermana mia, la vida  
es corta y perecedera,  
este mundo es un engaño  
la paz en él no se encuentra.

No dejes de visitar  
esa Imagen que veneras;  
sigue cuidando su Hermita  
como hasta aquí cuidas de ella.

En tus rezos y oraciones  
por mí, indigno, al Señor ruega;  
Juntenos, pues, en el Cielo,  
ya que nos juntó en la tierra.

Con semejantes afectos  
se despidieron. ¡O tierna  
despedida! ¡O Esposos  
quien imitaros pudiera!

## 6°

*Ysidro enfermo: su Esposa  
Le asiste: muerte preciosa  
de Ysidro: vuelve Maria  
a Caraguíz: su ancianía,  
y su muerte venturosa.*

El pundonor y nobleza  
de los antiguos hispanos  
en el noble Juan de Vargas  
hallanse bien retratados.

Este ilustre Caballero  
(ascendiente del mui bravo  
Martin de Vargas, de Cristo  
gran mártir, nuestro paisano).

Habiendo visto lo bien  
que Ysidro por tantos años  
le sirvió y labró su hacienda  
con tan grandes adelantos.

Dejóle, segun parece,  
en su testamento un cuarto,  
ó casita en esta Villa,  
y además un buen regalo.

Muerto el mencionado Vargas,  
se trasladó nuestro Santo  
á su nuevo rinconcillo  
donde vivió retirado.

Proseguía sus antiguas  
devociones, visitando  
las hermitas, del contorno,  
y otros muchos Santuarios.

Mas por su mucha vejez  
andaba siempre a caballo,  
valiendose de un asnillo  
al efecto, acomodado.

Sucedió que cierto día  
por el tiempo de verano,  
pasó a rezar a la hermita  
de Caravanchel de abajo.

Puso atado al borriquillo  
en un lindero, ó ribazo  
cerca de la hermita, y luego  
se entró á orar a su espacio.

Poco tiempo se pasó,  
cuando un monton de muchachos  
se metió con gran tropel  
en la hermita voceando:

Padre Ysidro, padre Ysidro,  
salid presto, levantáos  
que un lobo vá tras del burro  
corriendo, y quiere matarlo.

Hijos, id en paz, responde,  
Ysidro mui sosegado,  
hagase la voluntad  
de nuestro Dios soberano.

Perseveró en la oracion  
todo el tiempo señalado  
que debiera detenerse  
en tan religioso acto.

Despues salió mui sereno,  
y fuese a buscar el asno  
a cuyos pies hallo al lobo  
tendido y muerto ¡que pasmo!

Aqui se prueba la fé,  
de nuestro bendito Santo,  
la confianza en su Dios  
y el desprecio de lo humano.

Mas ya se llegó aquel tiempo,  
dispuesto por el mui Alto  
de llevarse a nuestro Ysidro  
en premio de sus trabajos.

Supo la bendita Esposa  
las dolencias y quebrantos  
de su Esposo; vino al punto  
á asistirle, y remediarlo.

No perdonó la enfermera  
¡O que enfermera! trabajo  
alguno para su alivio;  
mas ya puede ser en vano.

Porque Ysidro ya conoce  
su última hora, dando  
disposicion de su casa,  
y bienes nada sobrados

ordenadas ya sus cosas,  
al punto le administraron  
la sagrada Eucaristía  
despues de haber confesado.

Mas, quien sabrá ponderar  
el fervor, el dulce llanto  
de placer y de alegria  
de Ysidro en aqueste acto

advirtiendo que ya estaba  
su último fin cercano,  
llamó a su Esposa y al hijo  
y les dijo, algo esforzado:

“Ya quiere el Señor del Cielo  
poner fin a los trabajos  
de mi vida; ya es mui cierta  
la separacion de entrambos.

Maria, ve ahí a tu hijo  
Juan; educale en el santo  
temor de Dios; tú le cuida  
conforme yo le he cuidado,

Juan, ve ahí a tu Madre;  
honrala; sé pues su amparo  
y apoyo despues de Dios;  
huye siempre del pecado.

Mi carísima Consorte,  
yo me muero, adios: mi amado  
hijo, adios... adios... No pudo  
proseguir ya nuestro Santo.

Dieronle Extrema-Uncion,  
que recibió con su sano  
y cabal conocimiento  
muestras de gratitud dando.

Mas faltandole el aliento,  
puestas al pecho sus manos  
entregó luego su alma  
al que le habia formado.

Viernes treinta de Nobiembre **(1)**  
a los noventa y un años  
de su edad; en santidad,  
Desde su infancia empleados.

Su venerable cadaver  
fué a su tiempo sepultado  
en San Andres, su Parroquia,  
mui apreciada del Santo.

Hablaremos de Maria;  
la cual, despues de observado  
el luto que es de costumbre;  
y consolada algun tanto:

dejo a su hijo en Madrid  
con aquellos pocos trastos  
y bienes que el Santo Ysidro  
adquirió con su trabajo.

Añadió á esto la suma  
de varios consejos sanos,  
y cristianas reflexiones,  
de un valor extraordinario.

La devocion a la Virgen  
le amonestó, recordando  
cuando le sacó del pozo  
donde pudo ser ahogado

que encomendase al Señor,  
haciendo varios sufragios,  
por el alma de su padre,  
a quien le debia tanto.

Con estas buenas Doctrinas  
se despidió, regresando  
a Caraguíz; viuda, triste,  
sin su Labrador amado.

Luego que llegó, dispuso,  
sin demora ni descanso,  
reiterar sus devociones  
y exercicios ordinarios.

Mui constante en su piedad,  
iba en invierno y verano  
con fríos y con calores  
a su hermita, ó Santuario.

Recogia sus limosnas  
en los pueblos comarcanos,  
formando su dividendo  
muy cabal y mas exhacto.

Para los pobres primero;  
Despues para el alumbrado  
de la lampara continúa;  
para su sustento, algo.

Con el favor de la Virgen  
triunfó Maria de cuantos  
ataques le presentó  
el infernal partidario.

Cayó enferma gravemente;  
Despues de sus muchos años,  
con lo que llegó a entender  
estaba su fin cercano.

Quiso disponer sus cosas  
y las dispuso, mandando  
su casita y heredad  
á su amado Santuario.

(Ya su hijo no existía,  
segun se infiere del acto;  
a no ser así, Maria  
en él hubiera testado).

Mandó enterrar su cadaver  
en la Hermita, con sobrado  
fundamento, pues en ella  
pasó dilatados años.

Fortalecida su alma  
con el sagrado Viático,  
poniase ya en camino  
para el eterno Descanso.

Salió a su encuentro la Virgen,  
Madre del Verbo humanado,  
acompañada de Angeles  
que entonaban dulces cánticos.

Encendiose mas y mas  
su corazon abrasado  
en amor desta Señora  
que la recibió en sus manos.

Murió en ocho de Setiembre **(2)**  
cumplidos ochenta años  
de su edad; todos en obras  
de perfeccion empleados.

Asistieron a su entierro,  
de los pueblos comarcanos,  
agolpandose a mirarla  
niños, jovenes y ancianos.

Esta es la muger, decian,  
de aquel varon justo y santo  
que favoreció esta tierra  
con portentos y milagros.

Esta es Maria, gritaban  
con el mayor entusiasmo,  
la que pasaba el Jarama  
sin barca, puente ni vado.

Asi alababan a Dios  
estos pobres aldeanos  
gozosos tras de la Santa,  
su féretro acompañando

fué enterrado su cadaver  
en el mismo Santuario  
y hermita de la Piedad,  
segun lo dejó encargado.

Notas al pie (originales):

(1) año de 1172

(2) año de 1180

Resta solo, Madrileños,  
mis mui queridos paisanos,  
que imitemos las virtudes  
de nuestros gloriosos Santos.

Si asi lo hacemos, no hay duda  
que serémos colocados  
un dia, cual fueron ellos,  
en aquel Alcázar santo.

FIN

En Valdelaguna 12 de Mayo de 1837.

Autor responsable C. Carralero.